

## HOMILÍA MISA CRISMAL

1. Queridos hermanos sacerdotes, diáconos y sus familias, religiosas y religiosos, laicos y laicas, a todos ustedes, que han sido bautizados y ungidos por el Santo Crisma. En lo necesario, en lo esencial, en la comunión de la fe, pedimos en esta Misa Crismal, el don de la unidad. En la duda, en lo accidental, en lo opinable, queremos luchar por la libertad. Y en todo, suplicamos la caridad del Espíritu del Señor. En la persona de Jesús y con él, llega a plenitud la acción salvífica de la Trinidad Santa, en favor nuestro.
2. Ungidos: Ese es, mis hermanos queridos, nuestro nombre primero: «Cristos», es decir: «Ungidos», «Crismados», pues “Dios nos ungió –nos crismó, nos hizo de Cristo, nos hizo Cristo-, nos selló y ha puesto su Espíritu como prenda en nuestros corazones” (2 Cor. 1, 21b-22). Ése es el nombre que corresponde a hombres y mujeres de la humanidad nueva, de la que Cristo Jesús es principio y plenitud. Somos “cristianos”
3. Para los pobres: Te lo dice el profeta, lo hace suyo Jesús en la sinagoga, y tú, Iglesia cuerpo de Cristo, lo haces tuyo, te lo apropias en las palabras de tu canto: “El Espíritu del Señor está sobre mí; me ha enviado para anunciar el evangelio a los pobres”.
4. Los óleos que bendecimos y consagramos en esta Misa Crismal, nos recuerdan lo que somos en Cristo: sacerdotes para Dios, profetas de Dios, un pueblo de reyes. La palabra de Dios que escuchamos, nos recuerda lo que somos con Cristo: Ungidos por el Espíritu Santo y enviados a los pobres para llevarles la Buena Nueva del evangelio. La comunión que hacemos, realiza lo que hemos escuchado, y entonces tú, pueblo de bautizados, con los pobres de todos los tiempos, entonarás tu cántico de alabanza al Dios que te amó con misericordia eterna, te unió a su Hijo Jesucristo, y te ungió para que el amor fuese tu ley, tu vocación, y tu misión.
5. Hermanos sacerdotes, ministros de nuestro Dios, amados del Señor; el sacramento del Orden, que han recibido por pura misericordia de Dios nuestro Padre, nos fortalece en nuestra fragilidad, nos hace valientes en nuestra natural cobardía, y nos envía a llevar la fortaleza y la esperanza, que el pueblo de Dios muchas veces herido por tantas situaciones de menoscabo en su dignidad requiere. Hoy, en que renovaran sus promesas, les recuerdo que los sacerdotes estamos llamados a ser humildes y a vivir la austeridad, a ser hombres de oración, alegres, fraternos y misioneros. Si así fuese, podemos hacer mucho bien. Somos artesanos del bien, tenemos la gracia actuante, para servir y caminar con la Iglesia, Pueblo de Dios, para que el llanto se transforme en alegría, y para que al igual que Jesús, podamos decir a tantos que se encuentran a la vera del camino: “levántate, toma tu camilla y camina” (Jn 5,8); y para cantar un cántico de Sión, con y junto a tantos hermanos extranjeros migrantes, que habitan en nuestra región de Tarapacá. (Cfr Sal 136,4)
6. Hoy, también aquí, se cumple esta Escritura que acabas de oír. Se cumple en ti y en mí, se cumple en la comunidad de la Diócesis de Iquique. El Espíritu del Señor se derrama sobre nosotros en esta Eucaristía. El gran signo sacramental, el óleo consagrado, nos empapa. Desde el bautismo a la unción de los enfermos, desde la confirmación al sacramento del orden su unción penetra en nosotros, nos revitaliza, nos fortalece y nos unge con el oleo de la alegría.

7. El Santo Crisma, que enseguida consagraré, pone al bautismo en el centro de la comunidad. Vivimos una esencial unidad porque participamos del mismo bautismo, de la misma fe y del mismo Señor. El camino Sinodal que estamos viviendo en la Iglesia y el sínodo de la sinodalidad que se está realizando en este último tiempo, ha visibilizado especialmente esta igualdad común de todos los bautizados. El proceso sinodal, debe ayudarnos para que el amor, la comunión y la unidad en la fe crezca entre todos nosotros.
8. El obispo visibiliza esta unidad radical porque está en comunión con Pedro y con todos los obispos del mundo. La Misa Crismal muestra con especial fuerza que sin comunión con el obispo no hay Iglesia Católica, ni comunidad eclesial. Ungidos con óleo de alegría, hemos sido ungidos para ungir. Cuando estamos ungidos por el Espíritu, es porque vivimos y celebramos en la comunión de la Iglesia, estamos empapados de sus dones. El ambiente eclesial de nuestras comunidades es entonces de “amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza”, los dones del Espíritu Santo en su Iglesia. (Cf. Gal 5,22-23).
9. Cuando participamos de la unidad de lo esencial, las diferencias nos enriquecen y complementan. Comunión, participación y misión, las bases del proceso sinodal, que lentamente está dando su fruto en nuestra Diócesis. Pero en nosotros y en las comunidades aún falta mucha conversión para ser Iglesia Sinodal. Pero ánimo, importante es avanzar.
10. La Misa Crismal, considera cómo Dios, nuestro Señor me mira, con una mirada lúcida y llena de amor y ternura como ninguna. Nada hay escondido a la mirada de Dios y nada de lo que Dios ve impide su amor por nosotros. Lucidez y ternura pedimos para cada uno de nosotros sacerdotes y para toda la Iglesia diocesana.
11. El sacerdote a imitación de Jesucristo, ha de transitar por la fuerza del Espíritu que está presente en cada uno de nosotros (Cfr. Lc. 4,18) y esa presencia nos hace gozar de un proceso que se adentra en la vida trinitaria, donde encuentra su fuente la comunión eclesial. Es el Espíritu Santo, enviado por el Padre y el Hijo, que transforma nuestros corazones y nos hace capaces de entrar en la comunión perfecta de la Santísima Trinidad, donde todo encuentra su unidad. Él construye la comunión y la armonía del Pueblo de Dios. La evangelización reconoce gozosamente estas múltiples riquezas que el Espíritu engendra en la Iglesia” (Francisco, *Evangelii Gaudium*, n.117). Como sacerdotes no somos “dueños” sino servidores para que los fieles, en comunión con la Iglesia, gocen bautismalmente del hecho de ser testigos del evangelio.
12. Como sacerdotes, somos testigos y ministros de la Misericordia siempre más grande de nuestro Padre; tenemos la dulce y confortadora tarea de encarnarla, como hizo Jesús, que «pasó haciendo el bien» (*Hch* 10,38), de mil maneras, para que llegue a todos. Nosotros podemos contribuir a inculturarla, a fin de que cada persona la reciba en su propia *experiencia* de vida y así la pueda entender y practicar creativamente en el modo propio de ser de su pueblo y de su familia. Y Jesús viene a rescatarnos, a hacernos salir, para convertirnos de pobres y ciegos, de cautivos y oprimidos en ministros de misericordia y consolación.

13. Hoy los sacerdotes junto a sus comunidades, están llamados a ser instrumentos de paz para la liberación y promoción de los pobres, de manera que puedan integrarse plenamente en la sociedad, en nuestra Región de Tarapacá. Esto supone escuchar con atención el clamor de los pobres y acompañarlos. Si no escuchamos dicho clamor, nos situamos como Iglesia fuera de la voluntad de Dios y de su proyecto de Reino.
14. Invito a todos, para que no nos dejemos llevar por el desánimo o por la superficialidad. Al contrario, pongamos todo el empeño y fuerzas para recrear la acción de Dios en medio de nosotros. Las Orientaciones Pastorales diocesanas y planes pastorales parroquiales servirán para crecer en el camino hacia la comunión, hacia la santidad, si lo vivimos como un gran momento de Dios.
15. Gracias queridos sacerdotes por su fidelidad en lo esencial, que enseguida van a renovar sus promesas sacerdotales. Gracias hermanos sacerdotes porque tratan de vivir en la comunión de la Iglesia y sembrando el Reino de Dios en el amplio territorio de la Diócesis. Gracias por su caridad, por su entrega incondicional y por su servicio lleno de afecto al santo pueblo fiel de Dios.
16. Que la Santísima Virgen María y San José, su casto esposo sean nuestros compañeros de camino, nos sostengan en la alegría y fidelidad sacerdotal a Jesús eterno Sacerdote, y que esta Misa Crismal nos de fortaleza y nos renueve en nuestra vocación y misión para curar al Pueblo que se nos ha confiado. Que seamos un testimonio vocacional para tantos jóvenes, que están en la búsqueda de su realización felicidad personal en el servicio a los demás.

Jesucristo nos ha convertido en un reino, y hecho sacerdotes de Dios, su Padre para siempre. A él la gloria y el poder por los siglos de los siglos. Amén.

+Isauro Covili Linfati, OFM  
Obispo de Iquique.

Miércoles 27 de marzo 2024.